

EL PADRE KENTENICH Y LA “REVOLUCION MARIANA” DE LA IGLESIA

Autor: Guillermo Parra Silva

INTRODUCCION

El cambio que la Iglesia necesita (universal y la chilena en específico) para superar los graves problemas que está enfrentando, es mucho mas profundo que un esfuerzo por intensificar o profundizar su “santidad” concebida como una profundización de su vida espiritual, su vida de oración, litúrgica, dogmática e incluso pastoral.

Lo que se postula es que este esfuerzo por hacer frente a los problemas internos y externos que la acosan, no podrá llegar a buen fin sino va acompañado de un cambio conceptual y vivencial en la comprensión de las condiciones de vida del hombre actual, del siglo XXI, y de la cultura que lo sustenta, y de la forma como Dios quiere –o necesita- llegar a él. Y que este cambio implica una verdadera “revolución” en la forma de tender puentes hacia la realidad actual, una “revolución mariana” podríamos llamarla, entendida desde la mariología del Padre José Kentenich y que vivida desde una fe práctica (y no dogmática) en la Divina Providencia, se vislumbra como un camino clave para dejar de lado los resabios apologeticos, dogmáticos, ritualistas, espiritualistas y autoritaristas que aún persisten en la Iglesia actual y que su desarrollo histórico han dejado como un pesado lastre en su estructura ministerial. Lastre que impide – o dificulta- que el “cuerpo místico de Jesucristo” se acerque y vivifique al hombre y la cultura actual.

La “revolución mariana” de la Iglesia se entiende entonces no como (en primer lugar) una intensificación devocional a la Virgen María en sus formas tradicionales, sino en algo mucho más radical: invertir conceptual y vitalmente la forma como la Iglesia se hace presente en medio del mundo: de una iglesia “institucional” (de arriba hacia abajo, de la verdad a la vida) a una iglesia “familiar” (de abajo hacia arriba, de la vida a la verdad). Es decir una Iglesia que es capaz de bajar hasta lo más profundo del corazón de las personas, respetar su libertad, originalidad y autonomía, y desde allí subir. La clave para ello es María y el P.K. nos lo ha revelado.

DESARROLLO

El P.K. no ha venido, como bien se explica en el estudio de su mariología, a fundar un movimiento mariano devocional en su sentido tradicional, es decir un centro de veneración de la Virgen en su presencia de imagen milagrosa o de afligida anunciadora de catástrofes si los hombres no vuelven su mirada a su Hijo Jesús. Es una forma –legítima por lo demás- que ha seguido la devoción mariana a lo largo de la historia de la Iglesia.

De la misma manera es posible decir que el P.K. no vivió, trabajó y sufrió para ser sólo un santo mariano más, ejemplo de devoción a María. No es un nuevo Grignon de Monfort. El P.K. viene, como una irrupción del Espíritu Santo en nuestro tiempo, a revolucionar la vida de la Iglesia, a prepararla para que pueda responder a los tiempos actuales y futuros, y de este modo animar un nuevo tipo de hombre y una nueva comunidad. Y para ello, la figura de María es clave, porque Ella es la imagen emblemática e instrumental de esa Iglesia de las Nuevas Playas y encarna al nuevo hombre y el espíritu de la nueva comunidad que él vislumbró proféticamente. Ese es a mi entender el núcleo –y el fundamento- de su marianismo. Un marianismo “instrumental”, si se quiere, donde lo “devocional”, el irrenunciable vínculo afectivo que sentimos hacia su figura maternal, está puesto al servicio de lo primero.

Lo central, a mi entender en este punto, es que el P.K. vino, fundamentalmente, a mostrar –y demostrar a través de su vida y su obra- que la Iglesia de hoy, para superar sus graves dificultades y problemas, debe hacer un *cambio radical*, debe encarnarse *en espíritu y formas nuevas* que respondan a una profunda comprensión de las realidades y necesidades del hombre y la sociedad actual. Comprensión que indudablemente no va a venir, en primer lugar de un esfuerzo intelectual o dogmático, sino de uno *por penetrar en el núcleo de la vida y el corazón de éste*, los que en estos momentos parecen tener sus puertas cerradas a la vida religiosa y a la iglesia católica en específico. ¿Cómo abrirlas? Para ello necesita –indefectiblemente- un instrumental nuevo, una óptica nueva, capaz de penetrar en estas realidades profundas y, en alguna medida, desconocidas para la Iglesia. Y ese instrumental, esa óptica nueva es María, y el P.K. fue elegido por Dios para anunciarlo a la Iglesia, y a través de su Obra de Schoenstatt, no solo prolongar este anuncio a la sociedad y la cultura actual, sino, especialmente, demostrar *la realidad y efectividad de María* como co-redentora, en el sentido de abrir las puertas de las realidades más profundas del hombre (su corazón, su psicología, su hogar) a su Hijo Cristo y de esta manera *anticipar prototípicamente la Iglesia de las Nuevas Playas, el cristiano del futuro (P.K.)*.

La iglesia actual, a pesar del inmenso avance que ha significado el Concilio Vaticano II y el papado de Juan Pablo II, aún se mueve pesadamente en el mundo contemporáneo y pareciera estar distante de la inquietudes y problemas de “muchedumbre de pecadores” que formamos la humanidad actual. Parece ser una Iglesia que se “enfrenta” al hombre y la cultura actual, lo cual la hace cada vez más “eclesial” y la cultura cada vez más “laical”. Y ante esta situación viene la

tentación –comprensible- de la “autodefensa”, del “radicalismo”, del “puritanismo” o “sobrenaturalismo”. Una Iglesia que, en cierto sentido, “renuncia” al mundo, separándose de él, y encerrándose en “ghettos” o enclaves selectivos (barrios, colegios, movimientos, parroquias), aceptando ser una “minoría escogida”, en cierto sentido “ajena” al mundo, una suerte de “raza distinta”.

Siguiendo al P.K. es posible pensar que esta forma de ser y vivir lo eclesial en el tiempo actual, hará que la Iglesia se vaya *distanciando cada vez más de un mundo que la siente cada vez más ajena* y que además cree no necesitar de las ritualidades, la dogmática, las cátedras y las catedrales con que identifican a esta Iglesia. Menos aún es proclive a normas o verdades impuestas desde arriba y desde fuera, que parecen ajenas a sus necesidades y sus problemas. Es una realidad que vemos y padecemos todos los días.

Desde esta perspectiva – que nuestro juicio podría interpretar bien la mirada de José Kentenich sobre los problemas de la Iglesia actual- puede comprenderse que la mariología kentenijiana constituye una real *“revolución” eclesial y social*, en la medida que plantea un camino para la Iglesia –y también para la sociedad- *radicalmente distinto*, un camino coherente con un profundo análisis de la historia de la redención, de la dialéctica de su evolución a través de los tiempos, que fue lucidamente comprendida por el Fundador, reconociendo como una maduración querida por Dios el anhelo de libertad, autonomía, y primacía de la vida original puesta por Dios en cada persona, por sobre una adhesión mecánica y externa a normas, costumbres y ritualidades impuestas desde arriba, por una jerarquía encerrada en su propio mundo.

Lo que se postula es que el P.K. *invierte* (revoluciona) la manera de comprender y acometer la pastoral eclesial, superando la mirada de una Iglesia “institucional” para llegar a visualizar una iglesia “familiar” en la cual su centro de gravedad no está en el aparataje institucional de la Iglesia de Jesucristo (por mucho que, en su justa medida, éste sea necesario e imprescindible para el ejercicio de su ministerio) sino en la vida, originada por Dios, que brota libre y autónomamente, del interior más profundo de cada persona y de la comunidad familiar que la sustenta y que prolongándose en el mundo, se transforma en cultura. *Una real revolución o inversión que toca al núcleo de la vida cristiana: la santidad*, la cual ahora no podría ser mirada como la ejercitación –individual - de prácticas piadosas o el cultivo de una espiritualidad del cumplimiento estricto y exacto de las normas, preceptos y ritos propuestos por la Iglesia, como meras prácticas externas, sino, al contrario, como el cultivo lento y paciente, acunado en un ámbito familiar, imprescindible para ello, de esa vida propia y original puesta por Dios en cada persona (ideal personal en la terminología kentenijiana). La santidad no se juega entonces, desde esta mirada, en la adhesión irrestricta a una institución y sus normas y preceptos, sino en la *fidelidad heroica* a esa idea o principio vital puesto por Dios en cada persona. Fidelidad que para poder sostenerse requiere de un vínculo con Dios –y con el mundo sobrenatural- exigente y profundo, pero que surge de una adhesión personal interna de cada persona, la cual siente que este vínculo la potencia en todos sus aspectos, naturales y espirituales, y la ayuda a

ser mas libre, autónoma y feliz en todos los ámbitos, y no es sentido y vivido como una amarra limitante y aplastante de la vida, del que hay que arrancar. Surge de ésto también la visión de una liturgia y una piedad –un vínculo con el mundo sobrenatural- renovado. Talvez a nosotros –al interior de Schoenstatt- nos parezca que es algo natural y lógico, pero puesto en la perspectiva de la “gran iglesia” es *una verdadera revolución*.

Esta potente mirada nueva y profética –que aún al interior de Schoenstatt nos cuesta comprender y asimilar- se basa, si he entendido bien lo que se me ha enseñado, en dos “descubrimientos” claves del P.K. surgidos de su propia experiencia de vida: uno de carácter sobrenatural: *el rol de María en el estadio actual de acción redentora de Cristo Jesús* con la humanidad, y otro de carácter natural: *lo fundamental del ámbito familiar para el cambio del corazón del hombre* (único cambio que vale). *Sobre esas dos bases (lo mariano y lo familiar) estructura José Kentenich su “revolución” eclesial mariana*. María es la clave de su estrategia (que es en verdad la estrategia de Dios) porque con ella Cristo puede llegar y transformar fácilmente *el núcleo de nuestro ser*, desde lo más profundo, nuestro corazón y nuestro subconsciente. Ese es precisamente el rol de la madre, hoy más imprescindible que nunca en la historia. Y María puede introducirse fácilmente en los ámbitos familiares que nos cobijan llevando con Ella, en sus brazos, a su Hijo, ámbitos a los cuales Ella –humana y “laica”- si puede ayudar a construir y los cuales –como sabemos desde nuestra propia experiencia- son los únicos que nos acogen, nos transforman y nos proyectan. Ese es, a mi entender, el punto de partida de la Iglesia de la Nuevas Playas, de la “revolución eclesial” que se desprende de la vida y de la obra del (futuro) Padre de la Iglesia José Kentenich.

CONCLUSIONES

De todo el análisis anterior podemos concluir que estamos a las puertas de una revolución, de un cambio gigantesco –cuyos dolores de parto ya estamos apreciando- en la forma como la Iglesia aborda su inserción en el mundo, un cambio que ya dio un paso gigantesco con el Concilio Vaticano II y el papado de Juan Pablo II, pero que requiere de un nuevo y gigantesco y decisivo paso, un nuevo soplo del Espíritu, que deberá *poner de cabeza, invertir, la corriente de vida entre el corazón humano y la Fuente de Vida (Cristo)*. Y en este cambio, en esta inversión gigantesca, conceptual y vital, del vínculo del hombre con Dios, *María es la clave* porque ella no solo encarna esta Iglesia renovada, sino es la llave, la “carta bajo la manga” de Dios, el instrumento predilecto para introducirse en lo mas profundo del corazón, la mente y la vida de las personas, acogiéndolas, transformándolas y proyectándolas para su Hijo Cristo y así dar origen a *una religiosidad nueva*, de impronta personal-familiar-comunitaria, que va desde la Vida a la Verdad (y no a la inversa como es ahora), respetando los originales caminos de cada persona, su libertad y autonomía. Una Iglesia “laical” si se quiere, afianzada desde el núcleo más íntimo de cada persona (que nosotros llamamos I.P.) y desde el núcleo más profundo de la vida familiar (que nosotros

llamamos S-H). El profeta ya lo anunció y no le hicieron caso: solo esta Iglesia marianizada y familiarizada puede *habérselas con el mundo contemporáneo* y dar origen a una nueva cultura que una fe y vida. Todos los otros intentos (profundizar la dogmática, la tradición, la espiritualización, la ritualización, la creación de “ghettos” católicos etc.) no darán en el blanco.

Finalmente no podemos dejar de pensar que nosotros (Schoenstatt) somos –o debiéramos ser ya - un anticipo de esa Iglesia revolucionada, con un pie en la Nuevas Playas. ¿Lo somos realmente? Una buena pregunta, no fácil de responder. Afortunadamente no es esta la oportunidad de hacerlo.

Guillermo Parra Silva.
Viña del Mar, 23 de Junio de 2010